

«rey tiene que hablar con vos.» El arzobispo de Lyon, juntando las manos, exclamó: «Nuestra vida está entre las manos de Dios y del rey.» El cardenal y el arzobispo fueron desde luego encerrados en las celdas de los capuchinos, y desde allí conducidos á la torre de Moulins.

Enrique; informado de que la cosa estaba hecha, salió de su gabinete para ver la víctima; le dió un puntapié en la cara, como el duque de Guisa lo habia dado al almirante de Coligny cuando la matanza de San Bartolomé. Contempló por un momento al de Lorena, y dijo: «¡Por dios que es grande! y aun parece mas grande muerto que viviendo.» (L'ESTOILE.) Nuevamente le puso encima un pie y hablado con Loignac, le preguntó si le parecia que estaba bien muerto. Entonces Loignac, cogiéndole por la cabeza, respondió á Enrique de Valois: «Señor, creo que sí, porque tiene el color de cadáver. De esta manera Enrique de Valois, traidor, pusilánime y cobarde, hizo morir á este magnánimo príncipe. Y creo que si cuando el rey le pisó hub'era Mr. de Guisa respirado solamente, habria aquel caido anoadado de espanto junto á él.» (Vida y muerte de Enrique III.)

Los cortesanos menudeaban las burlas, insultando al hombre que habian adulado y llamaban el bello rey de Paris, nombre que le habia dado Enrique.

Uno de los secretarios de Estado, Beaulieu, recibió orden de registrar al duque: le encontró una llave pequeña atada con cadena de oro alrededor de su brazo; en los bolsillos de los calzones una bolsa que contenia doce escudos de oro, y un billete en el cual estaban escritas por la mano del duque estas palabras: «Para sostener la guerra en Francia, se necesitan cien mil libras cada mes.» Un corazon de diamantes fue recogido de su dedo por Entragues. (MIRON.) «Los cuarenta y cinco le quitaron la espada, los pendientes de las orejas y varios anillos muy preciosos.» (Vida y muerte de Enrique III.) Beaulieu despues de efectuar el registro, y notando que el ilustre asesinado aun respiraba: «Monseñor, le dijo, ya que os resta un poco de vida, pedid perdon á Dios y al rey.» El rey era el que debia demandar perdon á Dios y al duque de Guisa; el hombre se lo hubiera concedido. «Entonces el príncipe de Lorena, sin poder hablar, dando un grande y profundo suspiro con voz ronca, entregó el alma al Criador, fue cubierto con una capa gris y encima pusieron una cruz de paja. (MIRON.)

Se encuentra en un folleto de aquel tiempo una anécdota poco conocida.

Se ha dicho que habiendo arrestado el rey á los principales señores católicos, mandó llevarlos á su presencia, y les manifestó el cuerpo del duque de Guisa, diciéndoles: «Señores, hé aquí vuestro rey de Paris vestido como merece.... Hecho esto, se condujo al príncipe de Joinville (Joinville), á quien de la misma manera el rey mostró el cuerpo muerto del dicho señor de Guisa, cuya vista afectó de tal modo el corazon del jóven príncipe, que creyó caer pasmado sobre el cadáver, cuando el rey le detuvo: al instante el jóven príncipe, no pudiendo hesar á su padre para darle el último adios, comenzó á soltar una infinidad de palabras injuriosas contra sus asesinos: esto dió ocasion á que el rey mandara se le diese muerte, y hubiera sido ejecutado si Carlos, Monsieur presente, que amaba con ternura al príncipe de Joinville, no se hubiese arrojado de rodillas ante el rey, suplicándole le encargara la custodia del príncipe, con condicion de presentarlo cuando á ello fuese requerido.» «(Crueldades sanguinarias ejecutadas con la familia de monseñor el cardenal Guisa, etc.)»

Dos horas despues, el cuerpo del duque de Guisa fue entregado á Richelieu, preboste de Francia, abuelo de aquel cardenal, que no perdonó á los gran-

des, antes bien los hizo morir por mano del verdugo.

El día siguiente, el cardenal de Guisa fue muerto en la torre de Moulins á golpes de alabarda. Se puso de rodillas, se cubrió la cabeza y dijo á los asesinos. «Cumplid vuestra comision.» Eran cuatro y á cada uno se le habian dado cien escudos de propina. Los bonos de los setembristas eran de cinco francos; el precio de los jornales habia bajado. El cardenal de Guisa era mas malvado, tenia mas resolucion, y tanto valor y ambicion como el duque, pero él la habia puesto al servicio de su hermano mayor. Quince días antes, la duquesa de Guisa habia ido á Paris adonde la siguió madama de Montpensier.

Richelieu, acompañado de sus arqueros, se trasladó á la sala del tercer Estado, se apoderó del presidente de Neuilly, de Marteau, preboste de los comerciantes; de Compan y de Cotteblanche, regidores de Paris; pero no habia recibido la órden de hacer saltar la asamblea por las ventanas.

Enrique habia agotado lo que le quedaba de vigor en el asesinato de los dos hermanos: no llamó su ejército de Poitou para marchar inmediatamente sobre Paris, y no se apoderó de Orleans. Cuando fué á ver á su madre despues del asesinato, y la dijo: «Señora ahora soy rey solo! no tengo compañero.» Ella le respondió: «¿Qué pensais haber hecho? ¿Habeis dado órdenes para la seguridad de las ciudades? Bien habeis cortado hijo mio, pero ahora es necesario coser; dijo aludiendo á lo que acababa de hacer.» Catalina estaba coribunda, y espiró el 5 de enero de 1589 en Blois, donde era adorada y respetada como la Juno de la córte (L'ESTOILE)

El día de la muerte de los Guisa y el siguiente, Enrique hizo arrestar al cardenal de Borbon; al príncipe de Joinville, á la duquesa de Nemours y al duque de Nemours su hijo, al duque de Elbeuf, y al arzobispo de Lyon; los otros señores de la liga se salvaron con presteza. Todas las tiendas se cerraron y cayeron torrentes de lluvia. Los cuerpos del duque y del cardenal de Guisa, trasladados á una de las salas bajas del castillo, fueron descuartizados por el ejecutor de la justicia, despues quemados durante la noche, y sus cenizas arrojadas al rio. Un rey de Francia estaba acostado sobre la sala donde se ejecutaba esta carnicería, podia oír los golpes de hacha que despedazaba los cuerpos de sus grandes súbditos, y sentir el olor de la carne de las victimas. Segun otra version mucho menos auténtica que la de Miron y la de Estoile, los cuerpos de los dos hermanos fueron puestos en cal viva. Madama de Montpensier, esperaba en Paris al fraile que debia desprenderse de sus brazos para ir á plantar su cuchillo en el vientre de Enrique III, como el duque de Guisa se habia despreñado de los brazos de Madama de Noirmontier para caer bajo los puñales de los guardias de aquel monarca.

En 1807, viniendo de la Tierra Santa pasó por Blois, y visitó el castillo, que estaba lleno de prisioneros de guerra. Un soldado polaco fue el que me enseñó las salas de los Estados, y la cámara donde el duque de Guisa habia sido asesinado, y en cuyo pavimento creí ver rastros de la sangre. ¿Qué habia sido de Enrique III, rey de Polonia? ¿Dónde estaba en aquel momento la raza de los monarcas franceses? ¿Dónde está ahora el que llevó sus soldados mas allá del Vistula, el que cambiando la faz de Europa, habia hecho olvidar las mas grandes épocas de nuestra historia? El Loire hizo rodar las cenizas del duque de Guisa hasta el Océano que aprisiona las de Napoleón al otro lado de la tierra. De esta suerte los siglos se van borrando unos á otros. No queda mas que Dios para dar cuenta de todas las vanidades de las sociedades humanas.

Cuando llegó á la capital la noticia de la muerte de los dos hermanos, el primer momento fue de estupor y de espanto! pero bien pronto los partidarios de la

liga se sublevaron. Creado gobernador de Paris el duque de Aumale, hizo registrar todas las casas de los realistas y de los políticos; y prender á los sospechosos. El predicador Lincestre declaró que el villano Herodes (anagrama del nombre de Enrique de Valois), no era ya rey de los franceses. Obligó á los oyentes á jurar que derramarían hasta la última gota de su sangre, y gastarian hasta el último óbolo de su bolsa para vengar la muerte de los príncipes. El primer presidente de Harlay estaba sentado delante del púlpito; Lincestre apostrofándole, dijo: «Levantad la mano, señor presidente, levantadla bien alto; aun mas alto para que el pueblo la vea.»

El pueblo arrancó todos los escudos de las armas reales, los rompió, los pisoteó y los echó al rio, destruyendo los magníficos monumentos levantados en la iglesia de San Pablo á Saint-Mesgrin, Caylus y Maugiron. Casi todo el parlamento fue encerrado en la Bastilla y en la Consergería por Bussy Le Clerc. Se obligó al presidente Brisson á dar audiencia; á Eduardo Molé, consejero de la córte, á llenar las funciones de procurador general; á Juan Lemaître y Luis de Orleans, á aceptar las plazas de abogados del rey. Brisson depositó el 21 de enero, ante dos notarios, una protesta secreta contra todo lo que se le obligara á hacer ó decir contra los intereses del rey, precaucion y presentimiento de un hombre débil que no se sentia capaz de llenar todos sus deberes, y que sin embargo no carecia de valor para morir.

Enrique despachó un heraldo á los parisienses, que tuvo que volverse sin respuesta y con ingominia. La facultad de teología (es decir, segun Estoile, ocho ó diez sopistas ó tunos) absolvió del juramento de fidelidad á los vasallos.

Primum quod populus hujus regni solutus est et liberatus á sacramento fidelitatis et obedientie præfato Henrico regi præstito. Deinde, etc.

Sobre la peticion acerca de viudedad de la duquesa viuda de Guisa, el parlamento dió un decreto en la forma siguiente:

Decretos del tribunal soberano de los pares de Francia, dados contra los asesinos del cardenal y duque de Guisa.

«Vista por el tribunal, reunidas todas las cámaras, la solicitud presentada por la señora doña Catalina de Cleves, duquesa viuda de Guisa, tanto en su nombre como en el de sus hijos menores en calidad de tutora natural; alegando que el difunto señor de Guisa, par y gran señor de Francia, su marido, era hijo de un príncipe que llenó la tierra con el renombre de sus virtudes, tan útiles á la Francia, que habiéndola estendido por el lado de Alemania, por la conservacion de Metz, la ha unido por la parte de Inglaterra al gran mar, su antiguo límite, por la toma de Calais y de otro sitio, librándola del terror de una plaza, reputada anteriormente como inespugnable, por la ruina de Thionville. Despues, habiendo trabajado felizmente por purgar el reino del veneno contagioso de la herejía, que lo habia casi todo infestado y que estando casi para conseguirlo, fue alevosamente asesinado por los enemigos de Dios y de su Iglesia, dejando tres hijos, que se han mostrado verdaderos herederos de las virtudes de su padre y de su celo ardiente por la religion católica, apostólica, romana.

Aquellos que quieren continuar siempre la disolucion de su primera vida y preparar el camino á la dominacion de los heréticos, no pudieron imaginar un medio mas propio que el asesinato alevoso de los príncipes que se han mostrado siempre los mas celosos por el alivio del pueblo y la conservacion de la pura religion católica. Para la ejecucion de tal designio han jurado el edicto de union, y renovado las otras promesas de

seguridad, tanto por medio de juramentos solemnes como por otras simulaciones de benevolencia hechas hasta con imprecaciones llenas de horror despues de haber recibido la Santa Eucaristía. Finalmente, el 23 de diciembre el duque de Guisa, que asistia á consejo, fue llamado de parte del rey, y habiéndose levantado y dirigido sin mas armas que la espada, arma propia de su condicion, como el que no cree que se trame contra él una infame perfidia, fue cruelmente privado de la vida por muchos asesinos apostados espresamente para el efecto.

La suplicante desea se mande informar á una comision nombrada en dicho tribunal y de su seno, acerca de los hechos referidos, circunstancias y requisitos y segun lo que resultara se decrete contra los que aparezcan culpables; procediendo en todo como fuese justo. Oido el procurador general y considerado todo por el dicho tribunal, reunidas todas las cámaras, accedió á la solicitud.»

Este decreto hizo renacer el poder soberano del tribunal de los Pares, aun sobre un rey y aquel rey era el rey legitimo, el rey de Francia, la informacion debia hacerse, contra los que resultasen culpables, estos culpables eran los asesinos y su jefe Enrique de Valois; en fin, el parlamento aspiró á ser el tribunal de los Pares. Hé aquí la aristocracia entera resucitada, apoyada en el ardor popular y principiando su vida por el juicio de un rey; ¿qué mas ha hecho la democracia de 1793?

Por otra parte, Enrique III, haciendo morir á los dos Guisas habia obrado conforme á los principios de la monarquía de entonces. Toda justicia emanaba del rey; el rey era el juez soberano; era tambien el poder constituyente y era asimismo el poder ejecutivo; hacia la ley y la aplicaba; disponia de la espada y de la mano de la justicia; tenia derecho de pronunciar la prision y de herir; un asesinato podia ser inicu; pero era legal. El despotismo está fundido en los mismos principios que la democracia las espoliaciones y los homicidios alevosos son legales, siendo mandados por el pueblo soberano; las confiscaciones y los asesinatos son igualmente legales siendo ordenados por la monarquía absoluta.

Se ven aquí cara á cara la antigua aristocracia y la antigua monarquía con todos sus principios y todos sus inconvenientes.

Se hicieron unos solemnes funerales en el templo de Nuestra Señora por el duque y el cardenal de Guisa. Por todas partes se esponian sus retratos ó sus imágenes de cera taladrados con grandes puñales. Pasaban y repasaban procesiones en donde hombres, mujeres y jóvenes de ambos sexos marchaban mezclados y casi desnudos de iglesia en iglesia. «Aquel buen religioso, el caballero de Aumale ordinariamente se encontraba en ellas, arrojando al través de una cervatana confites perfumados á las señoras á quienes regalaba refacciones, en las que la Santa Beuve no quedaba olvidada y mas de una vez solamente cubierta con una tela fina y un simple adorno en el cuello, se dejó conducir por debajo del brazo al través de la iglesia de San Juan, chichisveando con escándalo de muchos.» (L'ESTOILE.)

Peró nada fue mas notable que una procesion general de niños de ambos sexos, en número de cienmil, llevando cirios ardiendo que apagaban bajo los pies, diciendo: ¡Dios quiera que en breve la raza de los Valois sea enteramente estinguida!

Los predicadores redoblaban sus invectivas contra el rey. «Ese tiñoso, decia el doctor Boucher, está siempre cubierto á lo turco de un turbante que no se le ha visto quitar nunca ni aun al comulgar para hacer honor á Jesucristo y cuando el desgraciado hipócrita parecia ir contra los raiters (caballería alemana) y llevaba un vestido alemán, forrado y con broches de plata que significaban la buena inteligenia y con-

formidad que había entre él y aquellos diablos negros. Lo diremos de una vez, es un turco por la cabeza, un alemán por el cuerpo, un inglés por la liga, un polaco por los pies y un verdadero diablo por el alma.»

Lincestre, cura de San Gervasio, declaró, el Miércoles de Ceniza, que él no predicaba el Evangelio; pero que predicaba «la vida, gestos y hechos abominables del pérfido tirano Enrique de Valois.... Sacó de su bolsillo un candelero del rey, que los Diez y Seis, habían sustraído á los capuchinos y en el cual había sátiras grabadas y afirmaba eran los demonios del rey y que ese tirano adoraba con sus dioses.» (L'ESTOILE.)

Enrique III había sido uno de los asesinos de la San Bartolomé; era religioso hasta la superstición: amaba los monjes y había establecido una nueva especie en París, los Fuldenses; pasaba una parte de su vida visitando las iglesias, en hacer procesiones y peregrinaciones con los pies desnudos y en hábito de penitente. Era gran enemigo de los reformados; había ganado contra ellos, con mucho valor, las dos batallas de Jarnac y de Moncontour; en fin, se había declarado jefe de la Liga. Nada de esto le valió, porque tenía contra sí el aborrecimiento de los sacerdotes que preferían á los Guisas. La manera con que estos consiguieron sublevar la opinión popular es una obra maestra de industria, y de calumnia; predicaciones, libelos, grabados, todo se puso en juego. En una oración fúnebre del duque de Guisa, Muldrac de Senlis comparó á Enrique de Valois al rico avariento, diciendo: «A ese Enrique, hemos visto no solamente estar vestido de púrpura y escarlata, sino rodeado también de sus donceles, vestidos de lo mismo y aun mas ricamente que él; le hemos visto llevar una vida disoluta y danzar completamente desnudo con una mujer (1) pública que había hecho venir espresamente de lejanos países.»

«No se trataba, dice otro escritor de aquella época hablando del rey y del duque de Espernon; no se trataba mas que de vivir segun la sensualidad; dejando atrás la virtud. Hoy (en secreto sin embargo) se encenagaban en una especie de libertinaje (2) y mañana en otra; ahora se hacían servir á la mesa en el gabinete por mujeres enteramente desnudas y luego se entregaban á nuevos actos escandalosos.»

Malos grabados representaban el Loire arrollando cadáveres con esta inscripción: *Estampa de las crueldades ejecutadas por Enrique de Valois contra los hombres de bien que no encontraron tolerable su modo de conducirse.* En otro grabado se veía una gran mano marcada con tres flores de lis, asiendo por los cabellos, con los dedos en forma de garra, una religiosa de rodillas delante de un crucifijo. La inscripción decía: *Representación de la virgen religiosa, violada en Paissy por Enrique de Valois.*

Otra mano deslizándose entre los barrotes, se estendía sobre una cruz adornada de diamantes y colocada en un cojin de terciopelo y se leía debajo de la imagen: *Diseño que representa el sacrilegio hecho por Enrique de Valois en la Santa capilla de Paris.* Este príncipe estaba acusado de haber dicho mirando la corona de espinas de dicha capilla: «Jesucristo tenía la cabeza bien gruesa.»

El duque de Mayenne, instado por la hermana de la duquesa de Montpensier, había llegado á París. El consejo de la Union lo declaró lugarteniente general del estado real y corona de Francia. París, muy diferente entonces de lo que era bajo el rey Juan en los tiempos feudales, comenzaba á tomar sobre la Francia compacta y nacionalizada aquel ascendente que

ha conservado; el resto del reino católico le imitó y se rebeló contra la autoridad de Enrique III.

Este príncipe había abierto los Estados en Blois el 16 de enero de 1589; despues de haber dejado á Orleans, se retiró á Tours casi sin tropas. Llamó cerca de sí á los miembros fugitivos del parlamento de París, de la contaduría mayor y del consejo de contribuciones, y comenzó las negociaciones con el rey de Navarra.

El Bearnés durante la permanencia de los Estados de Blois, había presidido la asamblea de las iglesias reformadas en la Rochela: hacia la guerra en Poitou y en la Saintonge, teniendo á la cabeza al duque de Nevers que mandaba las tropas reales; por consejo de Mornay publicó un manifiesto que tendía á contemporar con Enrique III y con la nacion. En ese documento se echan de ver sus sentimientos, su carácter y su estilo. «¡Pluguiera á Dios que yo no hubiera sido nunca capitán, puesto que mi aprendizaje debía hacerse á espensas de la Francia! Estoy pronto á pedir al rey, mi señor, la paz y el reposo de su reino y el mio. . . . Se me ha requerido frecuentemente mudar de religion; ¿pero cómo? ¡con la daga en la garganta! . . . Si deseais simplemente mi salud, os doy las gracias; si no deseais mi conversion mas que por el temor de que tengais algun dia un juez que os contenga, os equivoáis.»

El rey de Francia temía unirse al de Navarra. Su repugnancia había sido fundada en política si hubiera sido jefe de la opinion católica, pero era el duque de Mayenne el que estaba entonces á la cabeza de esta opinion como hermano y sucesor del duque de Guisa. Sin embargo, llegó á establecerse concordia entre los dos reyes por la intervencion de Diana, legitimada princesa de Francia, hermana natural de Enrique III. Se estipuló una tregua de un año, con cláusula de declarar conjuntamente la guerra al duque de Mayenne. El duque se presentó con un ejército y estuvo á punto de arrebatar á Enrique en la ciudad que le servía de asilo. La entrevista de Enrique III y del Bearnés tuvo lugar en Plessis les Tours el último dia del mes de abril de 1589. El rey de Francia esperaba al rey de Navarra en los jardines del castillo de Luis XI. No tenía entonces ni cepos, ni precipicios, ni verjas de hierro, ni patibulos; pero sí un grande tropel de capitanes y de soldados ansiosos por ver aquel espectáculo de union en medio de los aborrecimientos tan vivos que dividían á la Francia.

El Bearnés llegó: «En su comitiva ninguno llevaba capa ni penacho mas que él; todos tenían banda y solo él iba vestido de soldado, con el jubon gastado en las espaldas y en los costados por el roce de la coraza. Los calzones eran de terciopelo color de hoja seca, la capa de escarlata, el sombrero pardo, con un grande penacho blanco.»

Los dos Enriques se estuvieron mucho tiempo sin poder acercarse á causa del tropel. En fin, el primer Borbon se echó á los pies del último Valois, que le levantó y abrazó llamándole hermano.

Enrique de Navarra escribió á Mornay: «La valla ha sido rota, no sin algunas advertencias de que si yo iba, seria muerto; pasé el agua encomendándome á Dios.» Era casi la posición del duque de Guisa en Blois; pero la confianza del Acuchillado provino del desprecio y de la desesperacion; y la del Bearnés de una conciencia sin tacha.

Los reyes avanzaron hacia París. La reunion del ejército protestante y del católico, y bajo el mismo estandarte, cambió la naturaleza de los acontecimientos. Hasta entonces había sido posible que las guerras viciles religiosas llegasen á hacer una verdadera revolucion. En tanto que los reformados tuvieron una bandera aparte, su marcha hacia el porvenir y la independencia de sus principios, podían causar una mudanza en la constitucion del Estado; pero al punto que los católicos y los hugonotes se ordenaron bajo

un jefe comun, el espíritu aristocrático republicano se perdió; la monarquía triunfó; las revueltas de la Francia no fueron mas que una vulgar cuestion de personas y de desventuras estériles.

Tuvieron lugar varios pequeños combates. Los soldados del ejército de Mayenne obligaron á los sacerdotes á bautizar becerros, carneros y cerdos, dándoles nombres de carpas, sollos y barbos.

Enrique, excomulgado por el papa, recibió la noticia de la excomunion en Etampes. «El remedio para esto, le dijo el Bearnés, es vencer y seréis absuelto. Un gentil hombre, enviado de parte del rey á madama de Montpensier, la declaró de parte de su señor, le contestaba que ella estaba entreteniéndolo el fuego de la sedicion, y que si llegaba alguna vez á caer entre sus manos la haría quemar viva. Ella respondió: «El fuego es para los sodomitas como él.»

Los reyes vinieron á sentar sus reales delante de París; sus ejércitos reunidos, comprendidos los diez mil suizos traídos por Sancy, ascendían á cuarenta mil hombres. Enrique III tomó alojamiento en Saint-Cloud en la casa de Gondy. Contemplando la capital de Francia de lo alto de las colinas, decía: «París cabeza demasiado gruesa para el cuerpo, tienes necesidad de una sangría para curarte.» (D'AVILA.) Jacobo Clemente puso fin á sus amenazas y á sus esperanzas; mató al rey de una cuchillada en Saint-Cloud el 1.º de agosto de 1589. «Podeis juzgar, monseñor, escribe un testigo ocular, cuál seria aquel lastimoso y miserable espectáculo de ver á un lado el rey ensangrentado con las tripas entre sus manos, y al otro sus buenos servidores que llegaban desconsolados uno tras otro, llorando y gritando.» (Cartas de la GUESLE.)

Cárlos de Valois, hijo natural de Cárlos IX y de María Touchet, conde de Auvergne y duque de Angulema, había encontrado á Jacobo Clemente al ir á casa del rey. «Yo encontré aquel monstruo de fraile, dice en sus cortas Memorias, á quien la naturaleza había dado un aspecto tan execrable que mas bien que cara de hombre podía decirse que tenía la facha de demonio.»

La hermana del duque de Guisa, la orgullosa Montpensier no había temido entregarse á aquel demonio para ponerle el puñal en la mano.

Enrique hizo levantar un altar frente por frente de su lecho; su capellan dijo la misa, en el momento de sus oraciones, Enrique pronunció estas palabras: «Señor Dios, si conoceis que mi vida es útil y provechosa á mi pueblo y á mi Estado, conservadme y prolongad mis dias, si no, tomad mi cuerpo y salvad mi alma; ¡vuestra voluntad sea cumplida!» (Certificados de varios señores.)

El rey de Navarra llegó; Enrique III le tendió su mano: «Hermano mio, le dijo, ved cómo me han tratado vuestros enemigos y los míos; es preciso que tengais cuidado para que no bagan contigo otro tanto.» Enrique declaró que el rey de Navarra era su legitimo sucesor, é invitó á los señores presentes á reconocerle.

«No siento haber vivido poco, puesto que muero en Dios; sé que la última hora de mi vida será la primera de mi felicidad; pero compadezco á los que me sobrevivan mis buenos y fieles servidores. . . .»

Yo os conjuro, por la inviolable fidelidad que debeis á vuestra patria, y por las cenizas de vuestros padres, que permanezcais firmes y constantes defensores de la libertad comun, y que no dejéis las armas hasta que hayais limpiado el reino enteramente de los perturbadores del reposo público; y en tanto que la division mine los fundamentos de esta monarquía, tened buen cuidado de permanecer unidos por una sola voluntad. Yo sé y puedo responder de ello, que el rey de Navarra, mi buen hermano, legitimo suce-

sor de la corona, es bastante instruido para reinar bien y mandar cosas razonables, y me prometo que no ignorareis la justa obediencia que le debeis. Dejad las diferencias de la religion hasta que reuniéndose los Estados del reino decidan sobre el particular y aprended de mí, que la piedad es un deber del hombre hacia Dios, sobre quien el brazo de la carne no tiene poder. Adios, amigos míos; convertid vuestro llanto en oraciones, y rogad por mí.» (Historia de las últimas revueltas, libro V). Enrique III espiró el miércoles 2 de agosto á las dos de la noche, perdonando á los que habían comprado su muerte. (Certificado de los señores.)

Si había dolor en Saint-Cloud, lo que había en París era gozo: maldito aquí, bendito allá; admirado en un partido, deprimido en el otro; grande ó pequeño personaje aquí, y solo en el límite de un dia; arrastrado del mausoleo á la cloaca, ó transportado de la cloaca al mausoleo: tal es la suerte de todo el que se ha creado un nombre en tiempos de facciones. Las verdaderas palabras de Enrique III en su lecho mortuario fueron graves y valerosas; los de la liga le atribuyeron otro lenguaje; de esta manera los revolucionarios consiguieron falsificar las Memorias de Clerly y pusieron en la boca de Luis XVI en el cadalso, espresiones innobles. Vendianse por las calles de París en 1589, las lamentables palabras de Enrique de Valois y en las cuales se le hacia decir: «¡Oh, Satanás! tú me servias al principio buen vino... Ya está pronunciada mi sentencia, mi sepulcro y tumba prestos y preparados en las tinieblas para recibirme á causa de mis pecados. ¿Dónde está ahora la multitud de mis riquezas? ¿La numerosa comitiva de mis barones y caballeros? ¿Dónde están mis gendarmes y el órden de mis ejércitos? ¿Dónde está el aparato de mis delicias? ¿Dónde mis perros de caza? ¿Dónde mis ligeros caballos? ¿Dónde mis pájaros que tan dulcemente cantaban? ¿Dónde están mis espaciosas salas, tan ricamente pintadas y tapizadas?... ¡Oh mis pecados y mis delicias! ¿es esto que me dais, lo que me habiais prometido?... ¡Oh! ¡quién será mi leal amigo, mi débil apoyo en esta última necesidad, en esta tenebrosa hora de mi separacion!... Estoy atormentado muy ásperamente por el intenso calor del fuego, por el furioso rigor del frio, por las tinieblas, por el humo, por el hambre, por gran sed, por el mal olor, por la horrible vision de los diablos, por sus gritos perpétuos y aterradores, y por mi mala y desgraciada conciencia... Mis manos delicadas, que para no sentir el frio, ni el ardor del sol, estaban en otro tiempo cubiertas de guantes, y mis brazos mórvidos y bellos, adornados así como mis pies, de brazaletes, en suma, todo mi cuerpo sufre tormentos. Ya me veo disforme, miserable, pasible, apesarado, oscuro... Cosas tristes, desconsoladoras se me representan... Permaneceré entre tormentos y en privacion eterna de la vision de Dios.»

Los partidarios de la Liga hacían de Enrique III un enemigo de Dios; y los revolucionarios hacían de Luis XVI un enemigo de la libertad.

El efecto de la muerte de Enrique III en el campamento de los dos reyes, era representado á los parisienses con una mezcla de exaltacion, de sarcasmo y de verdad propia para obrar sobre la multitud, como se vé por las siguientes líneas tomadas de un escrito de la época: «Las noticias de aquella pronta muerte fueron inmediatamente divulgadas por todo el campamento. Espernon lloraba como un becerro; los señores de la guardia quedaron mirándose unos á otros con los brazos cruzados; y los políticos que habían salado sus Estados para conservarlos mejor, permanecían atónitos: los suizos no dejaban de beber y aquellos que pensaban suceder en la corona, reían de corazon, maldiciendo á los de la Liga y mas aun al pobre jacobino, que despues de muerto

(1) Mudo la palabra del testo.

(2) Mudo también la palabra del testo.

fue descuartizado por cuatro caballos y quemado. Os dejo pensar el mal que sufriría, habiendo sido tratado así despues de muerto. Su alma, sin embargo, no deja de subir al cielo con los bienaventurados; de la de Enrique de Valois me refiero á lo que él era.» (Disc. verdadero de la estraña y súbita muerte de Enrique de Valois.)

Cuando madama de Montpensier recibió la primera noticia del asesinato, saltó hasta el cuello del mensajero: «¡Ah! ¡amigo mio, bien venido seas! ¿Pero es cierto? ¡Aquel malvado, aquel pérfido, aquel tirano ha muerto? No siento mas que no haya sabido antes de morir, que soy yo quien mandé darle la muerte.» Corrió á casa de madama Nemours, su madre, montó con esta en una carroza y fué de calle en calle distribuyendo bandas verdes, color de una especie de duelo irrisorio consagrado á los locos. ¡Buena noticia, amigos míos! gritaba, ¡buena noticia! ¡El tirano ha muerto; ya no hay Enrique de Valois en Francia!» (L'ESTOILE).

Madama de Nemours, desde lo alto de las gradas del convento grande de los Franciscanos, arengó al pueblo. Se hicieron hogueras y fuegos artificiales; los predicadores canonizaron á Jacobo Clemente y se publicaron las actas «del hermano mártir Jacobo Clemente, de la Orden de Santo Domingo.» Se vendía á la multitud el retrato del fraile, con versos dignos del héroe:

Sisto V, en pleno consistorio declaró que el regicida Jacobo Clemente era comparable, por lo tocante á la salud del mundo, á la Encarnacion y á la Resurreccion, y que el valor del religioso jacobino sobrepujaba al de Eleazar y al de Judith. Aquel papa, tenia muy poca conviccion política y demasiado número para haber sido sincero en esas comparaciones sacrílegas, pero le importaba envalentonar á los fanáticos, prestos á matar á los reyes en nombre del poder papal. El parlamento de Tolosa ordenó que tuviese lugar una procesion solemne todos los años, el día del asesinato del rey. (DUPLEX).

Por lo demás, jamás puñalada alguna ha producido mas grande efecto ni revolucion mas súbita. Dispersó un ejército formidable que sitiaba á París; cortó una rama al árbol de San Luis, é impulsó otra rama real, hizo caer una corona católica en la cabeza de un príncipe hugonote, cuyo príncipe, abandonando el protestantismo privó á los correligionarios de su jefe y desvaneció aquella especie de porvenir que podia nacer de la reforma.

Coligny, el condestable de Montmorency, el mariscal de Saint-André, Francisco de Guisa, y el primer cardenal de Guisa, los dos Condés, Enrique de Guisa, el cardenal su hermano y Catalina de Médicis ya no existían; así fue como los personajes mas notables bajo los reinados de Enrique II, Francisco II, Carlos IX y de Enrique III, desaparecieron antes y con el último príncipe de esta raza. El reinado de los Valois concluyó en Saint-Cloud el 2 de agosto de 1589 y comenzó el mismo día el de los Borbones que debía durar hasta el 31 de julio de 1830.

Ahora es esencial desarrollar de paso el cuadro de las costumbres desde Enrique II hasta Enrique IV, porque ofrece cosas que no se habían aun visto en Francia, y que acaso no volverán á verse nunca. Las orgías sangrientas de la república revolucionaria no reaparecerán: las costumbres, en las dos épocas, eran sintomáticas de hechos consumados.

El desarreglo y la crueldad son los caracteres distintivos de la era de los Valois.

En la jornada de San Bartolomé, sin hablar de la carnicería general, un hombre llamado Tomás, se vanagloriaba de haber asesinado ochenta hugonotes en un solo día. Coconas espantó al mismo Carlos IX con su relacion; habia rescatado treinta hugonotes

de las manos del pueblo y los habia muerto á pequeñas estocadas, despues de haberles hecho abjurar de su fe bajo promesa de la vida. El perfumista de Catalina de Médicis, «hombre sumergido en toda clase de crueldades, iba á las prisiones á dar puñaladas á los hugonotes y no vivia mas que de asesinatos, latrocinios y envenenamientos.»

Se mantenian asesinos á sueldo como individuos de la servidumbre doméstica; los tenían los Guisas, los Chatillones, los reyes y en una palabra todos los que los podian pagar, y estos asesinos conocidos, nunca ó muy rara vez eran castigados. Habiendo ido á comer Carlos IX, su hermano, rey de Polonia (despues Enrique III), Enrique, rey de Navarra y el bastardo de Angulema, á casa de Nantouillet, preboste de París, le robaron la vajilla de plata. Este mismo día Nantouillet habia escondido en su casa cuatro asesinos para cometer un homicidio que ejecutaron. Estos cuatro hombres creyéndose descubiertos al oír la bulla que hacian los convidados, se prepararon á salir del sitio en que estaban escondidos con pistola en mano.

Margarita de Valois hizo matar á puñaladas en su cama á Guast, favorito de Enrique III.

Ademas de los asesinos asalariados, habia otros llamados *bravos* que se provocaban entre si y renovaron escenas de los gladiadores galos. Estos que por lo regular eran jóvenes de noble familia que se ponian al servicio de algun gran señor, pasaban los días en las salas bajas del Louvre, ejercitándose en la esgrima, ó salían al campo á saltar los fosos y á manejar la pistola y la daga. Los amigos se estrechaban con juramentos terribles; cuando un amigo estaba ausente, el otro se vestía de luto, dejaba crecer la barba, se abstenia de toda diversion y parecía sumido en una melancolia profunda. Las mujeres entraban en aquellas asociaciones romancescas; á una mera insinuacion de su querida habia hombres que se precipitaban en un rio sin saber nadar, se entregaban á las bestias feroces ó se despedazaban á puñaladas.

Se jugaba con la muerte: Enrique III llevaba un largo rosario, cuyos granos eran cabezas de muerto y que él llamaba *el látigo de sus grandes jacas*. También tenia pequeñas cabezas de muerto pintadas en las cintas de sus zapatos. Si alguno lo hubiera imaginado, se habria transformado el bosque de Boulogne en un cementerio, que hubiera venido á ser lo que es hoy el cementerio del Este. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers ordenaron se les llevaran las cabezas de Coconas y de La Mole, sus amantes decapitados; las besaron, las embalsamaron y las regaron con sus lágrimas. Villequier mató á su mujer porque no queria prostituirse á Enrique III. Simiers mató á su hermano, caballero de Malta, á quien amaba su mujer. Bailens condenó á muerte en su castillo á un joven que habia seducido á su hermana; la sentencia fue redactada por un supuesto escribano en sentido burlesco hácia el tribunal de justicia; Baleins pronunció la sentencia y la ejecutó. Un soldado corso llamado San Pietro, estranguló á Vanina su mujer, diciendo: «¿Qué importa al rey, qué importa á la Francia la buena ó la mala inteligencia de Pedro con su mujer?» Pedro permaneció estimado é impune.

Todos los días habia encuentros de ciento contra ciento, de doscientos contra doscientos, como en la edad media de la Italia; á cada instante habia duelos de uno contra uno, dos contra dos, cuatro contra cuatro, los de Caylus, Maugiron, Entragues, Rivarac, Schomberg y Livarot se cuentan entre los mas famosos.

Bussy d'Amboise habia amado á Margarita de Valois, como se echa de ver manifestamente en sus Memorias. Adherido al duque de Anjou, Bussy insultaba á los donceles del rey incesantemente. «Entrando en la cámara real con la gracia que le era natural, el

rey le dijo que queria estuviere acorde con Caylus...» Bussy le respondió: «Señor, si queis que le bese, estoy dispuesto. Y acomodando el gesto á las palabras, le abrazó grotescamente.» (MARGARITA DE VALOIS).

Bussy tenia una intriga con la mujer de Carlos de Chambres, conde de Montsereau, gran montero del duque de Anjou, y hablaba de ella en una carta que escribia á este príncipe, diciéndole que tenia en sus *redes la cierva del gran montero*. El duque de Anjou enseñó esta carta á Enrique III, quien aborreciendo á Bussy, la comunicó al marido ofendido. Montsereau obligó á su mujer á dar una cita á Bussy en el castillo de Constancieres y lo hizo asesinar allí. Bussy, gobernador de Anjou, era abad de Bourgueil y su *mensajero de amor* era el lugarteniente criminal de Saumur. «Tal fue el fin del capitán Bussy, de un valor invencible, alto, fiero y audaz; tan valiente como su espada... pero vicioso y poco temeroso de Dios; lo cual causó su desgracia, no habiendo aun llegado á la mitad de sus días, como sucedía á los hombres sangrientos como él.» Bussy, feroz actor de la San Bartolomé, degolló aquel día á Antonio de Clermont, su pariente, con quien tenia un pleito. «Todos aquellos espadachines, dice L'Estoile, no creian en Dios mas que á beneficio de inventario.»

El vizconde de Turena, que posteriormente fue mariscal de Bouillon, teniendo por segundo á Juan de Gontaut, baron de Salignac se batió en el campo de Agen contra Juan Durfort de Douras-Ranzan, y Jacobo de Duran, su hermano. El vizconde de Turena recibió traidoramente diez y siete heridas. Ranzan fue acusado de haber llevado una cota de malla bajo sus vestidos, ó de haber apostado diez ó doce hombres que asaltaron durante el combate al vizconde de Turena.

Lo mismo que en las proscripciones romanas, se mataba para confiscar los bienes, sin formacion de causa y sin que hubiera diferencia entre vencidos y vencedores. «En aquel tiempo, la buena dama Catalina, por favorecer á su doncel de Reitz, que queria tener la posesion de Versailles, hizo estrangular en una prision á Loucenie, secretario del rey, á quien pertenecia aquella posesion, é hizo morir tambien algunos otros para recompensar á sus servidores por medio de confiscaciones.» (L'ESTOILE).

Esta crueldad de las costumbres privadas se reproducia en la guerra. Alfonso Ornano, hijo del Corso, San-Pietro, ejecutaba él mismo las sentencias de muerte que pronunciaba contra sus soldados. Habiendo faltado uno de sus sobrinos á cierto deber militar, vino á comer con su tío; Alfonso se levantó, le dió de puñaladas, se lavó y se volvió á sentar á la mesa.

Montluc, del partido católico, dice en sus Memorias: «Yo tomé á mi servicio dos verdugos, los cuales se llamaron despues mis lacayos, porque estaban frecuentemente conmigo. Se podia conocer por donde yo habia pasado, porque en los árboles y en los caminos, aparecian las señales...» Enseñaba á sus hijos á ser como él y á bañarse en la sangre que su hijo primogénito no escaseó en la jornada de San Bartolomé. Este hombre feroz, fue herido en el asalto de Rabasteins, de un tiro de arcabuz que le taladró las mejillas y le llevó una parte de la nariz; escondió bajo una máscara, el resto de su vida, aquellas facciones mutiladas á la manera de sus victimas y tuvo intencion de acabar sus días en una ermita en lo alto de los Pirineos, como los osos.

Su rival en ferocidad entre los calvinistas era el baron de Adrest: «De mirada feroz, nariz aguileña, cara delgada y enjuta, y marcada con manchas de sangre negra.» (DE THOX). En Montbrison se divertia en hacer saltar de lo alto de una torre los prisioneros que habia hecho. Uno de ellos dudaba; tomó dos veces carrera para saltar y se detuvo: Adrest es-

clamó: «Ya es demasiado dos veces.—Saltad vos tomando diez veces carrera» respondió el prisionero. Echase de ver en esta ironia el carácter del soldado francés.

La ciudad de Niort fue sorprendida por los reformados. «Pasando de los límites de toda barbarie y crueldad, despues de haber cogido á los sacerdotes de la poblacion, y viendo que uno de ellos, á pesar de cierto tormento que le dieron, no queria separarse de su religion, despues de haberle atado como verdugos, le abrieron el vientre, estando vivo, en presencia de los demás sacerdotes y sus escuderos le arrancaron las entrañas y las arrojaron á la cara de los otros, á fin de intimidarlos y hacerlos renegar de Dios... Ejercieron la mas grande crueldad que se podria ejecutar en la persona de una mujer que despreciaba sus crueldades, la cual, habiendo visto morir á su marido, que combatia por la fe católica, queriéndoles reprender la barbarie que cometian, la cogieron y ataron, amenazándola con la muerte si no renegaba de la misa.

Aquellos verdugos, viendo su constancia, escogitaron una muerte que los diablos mismos no habrian ideado: llenáronle el vientre de pólvora por la natura y le dieron fuego, haciendo por este medio romper y saltar los intestinos y dejándola morir en semejante martirio.»

El condestable de Montmorency, pagaba mal por mal: «se decia en los ejércitos que era preciso guardarse de las oraciones de monseñor el condestable, porque diciéndolas ó murmurándolas, esclamaba: ¡Id á colgar á fulano; atadle á un árbol, y pasadle con picas en este momento ó arcabuceadlo delante de mí; cortad en pedazos todos esos pillos que han querido echar el reto contra el rey; quemad aquella ciudad: echadlo todo al fuego un cuarto de legua en contorno.»

Las costumbres de Enrique III y de su córte no se parecian en nada á lo que hemos visto hasta aquí en la historia de Francia; se encuentra otra vez con asombro, en medio de la sociedad moderna, una especie de Eliogábalo cristiano. Los perros pequeños, las cotorras, las vestimentas de las mujeres, los donceles y las procesiones de penitentes, llenan con los duelos, los asesinatos y los hechos de armas, las páginas del reinado de este monarca, tan distante de los reyes feudales.

«Enrique III daba justas, bailes, torneos á máscaras, donde se encontraba ordinariamente vestido de mujer, abria su jubon, descubria su garganta y llevaba un collar de perlas y tres cuellos de tela, dos rizados y uno liso, como las damas de la córte.»

En un festin suntuoso, las mujeres, vestidas con trage de hombres, hicieron el servicio; y en otro festin, *las mas bellas y honestas de la córte, medio desnudas y con los cabellos sueltos, fueron empleadas en el servicio del banquete.*

«A pesar de los asuntos de la guerra y de la rebelion que el rey tenia delante de sí, iba ordinariamente en coche con la reina su esposa, por las calles y casas de París, á coger los perritos que les agradaban; de esta manera pasaban por todos los monasterios de mujeres en las cercanias de París haciendo semejantes cuestaciones de perros pequeños con grande sentimiento de las damas que los tenian; se hacia enseñar la gramática y aprendian á declinar.»

«El nombre de doncel, dice L'Estoile, comenzó entonces á andar en boca del pueblo (1576) y á ser mirado con odio, tanto por los modales altaneros de aquellos jóvenes, como por sus costumbres afeminadas y los dones inmensos que recibian del rey; aquellos donceles llevaban el cabello largo y rizado, pequeños botones de terciopelo como las mujeres y cuellos alechugados del largo de medio pie, de modo que al ver sus cabezas sobre los cuellos podia creerse

que se veía la cabeza de San Juan sobre un plato.»

Tomás Arthus nos representa á Enrique III acostado en un lecho ancho y espacioso, quejándose de que se le despierte demasiado pronto á medio día, con una máscara y un lienzo sobre la cara, guantes en las manos, tomando un caldo y volviendo á abrigarse en su lecho. En un aposento vecino, Caylus, Saint-Mesgrin y Maugiron, se hacían rizar el cabello y dar la última mano al tocador más afeminado; se hacían arrancar el vello de las cejas, se ponían dientes postizos, se pintaban el rostro y gastaban mucho tiempo en vestirse y perfumarse. Salían luego para ir á la cámara de Enrique III «moviendo de tal manera su cuerpo, la cabeza y las piernas, que yo creía que no podían menos de caer á lo largo... Este modo de andar les parecía más elegante que ningún otro.»

Enrique abrazaba á sus favoritos delante de todo el mundo; les ponía collares y pendientes; pasaba los días con ellos en departamentos secretos; por la noche los acostaba consigo en un gran salón, á cuyo alrededor había camas separadas por un pequeño tabique como en un dormitorio de convento; el favorito del día participaba del lecho de su rey. En este dormitorio común fue en donde Saint-Luc ensayó despertar los remordimientos en el alma de su señor, hablándole por el cañón de una cerbatana.

Las mujeres hacían un papel principal en todas estas intrigas: Catalina de Médicis había mantenido un comercio íntimo con el primer cardenal de Guisa como sobrina de dos papas (Leon X y Clemente VII) decían los hugonotes. Fue acusada de haber corrompido premeditadamente á su hijo Carlos IX: «En lugar de adornar aquella real juventud con todas las virtudes... Deja acercarse á él maestros blasfemos, burladores de la religión; ella hace que le soliciten proveedores, que pone como centinelas á su alrededor; de tal modo pierde toda la vergüenza que ella misma le sirve de proveedora (1).» (Discursos maravillosos). Se decía que había intentado envenenar todo el ejército del príncipe de Condé.

Madama de Bourdaisiere, abuela de Gabriela, llenaba la corte con sus aventuras. «Tan bella en sus viejos días, dice Brantome, que no se hubiera dicho sino que estaba en sus juveniles años, de modo que sus cinco hijas, que eran también hermosas, no la oscurecían en nada.»

La joven duquesa de Nevers no conservó mucho tiempo el recuerdo del fin trágico de Cocomas; fue sorprendida en otras citas, lo que dió lugar á uno de los títulos de las pretendidas obras de ingeniosa sátira titulada: *Biblioteca de madama de Montpensier*. El título era: *Manera de andar mucho en poco tiempo, por madama de Nevers*.

Ya se ha hablado de la bella de Sauve, mujer en segundas nupcias de Francisco de la Trencaille, marqués de Noirmontiers.

Ana d'Estrées, marquesa de Cœuvres, hija de madama de La Bourdaisiere y madre de Gabriela, había dejado á su marido para juntarse con el marqués d'Allegre. Fue asesinada en Issoire cuando los católicos tomaron esta ciudad por asalto (el 28 de mayo de 1677.) Su cuerpo, desnudo, puso de manifiesto cierto singular adorno de aquellos tiempos de libertinaje.

Otras altas damas, tales como la duquesa de Guisa, sostenían relaciones que terminaban casi siempre por asesinatos. Saint-Mesgrin fue asesinado á las once de la noche, saliendo del Louvre, por treinta hombres, á cuya cabeza se creyó reconocer al duque de Mayenne. Llevada la noticia á Gascuña al rey de Navarra, dijo: «Agradezco al duque de Guisa no haber podido sufrir que un doncel le deshonrase; así es como convenría ataviar á todos estos pequeños galanteadores de

(1) Cambio la palabra del testo.

la corte, que se acercan á las princesas para requebrarlas.» (L'ESTOILE).

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias del reino, con solo mirar la blancura de sus brazos. Según el padre La Costa, había triunfado del marqués de Camillac que la guardaba en aquel castillo. Aparentaba tener mucho afecto á la esposa de Camillac. «Lo gracioso del juego, dice d'Aubigne, fue que al punto que su marido (Camiliac) había dado la vuelta para ir á París, Margarita la despojó de sus mejores alhajas, la echó fuera del castillo como una mujer despreciable, con todas sus guardias, y Margarita se hizo dueña y señora de la plaza. El marqués se encontró burlado y sirvió de risa al rey de Navarra.»

Margarita lloraba los objetos de su cariño cuando los había perdido; hacia versos á su memoria y declaraba que les sería siempre fiel.

Aquella misma noche Margarita ya estaba rendida á otro amante y mentía á su amor y á la musa. Habiendo sido decapitado La Mole, suspiró al recordarse de su bello Jacinto. «El pobre diablo d'Aubiac, al ir á la horca, en lugar de acordarse de su alma y de su salvación, besaba un manguito de terciopelo azul que le quedaba en testimonio de los favores de su dama.» Aubiac, cuando vió por la primera vez á Margarita, había dicho: «Quisiera ser amado de ella (2) aunque me costara ser ahorcado algún tiempo despues. «Martigues llevaba á los combates y á los asaltos un perro pequeño que le había regalado Margarita. D'Aubigne pretende que Margarita había mandado hacer en Usson las camas de sus damas estremadamente altas con un objeto que la decencia no permite decir.» Pominy, hijo de un calderero de Auverne, de niño de coro que era, llegó á ser secretario y favorito íntimo de Margarita. La misma historia supone prostituida desde la edad de once años á d'Anragues y á Charin; la considera también entregada á sus dos hermanos, Francisco, duque de Alençon y Enrique III. Pero es preciso no creer enteramente á d'Aubigne, hugonote severo, descontento y de un espíritu cáustico. Pibrac y Brantome no hablan como él.

Margarita no amaba á Enrique IV á quien encontraba sucio. «Recibía á Champvallón en una cama alumbrada con hachas entre dos lienzos de tafetán negro... Había dado oídos á Mayenne, buen servidor, gordo, grueso y voluptuoso como ella, y al asqueroso vizconde de Turenna y al viejo rufián de Pibrac, de quien enseñaba las cartas para hacer reír á Enrique IV, y á cierto criado natural de Provenza, Date, á quien había ennoblecido en Usson y aquel ignorante de Bajaumont,» último amante, figuraba en la larga lista principada por d'Anragues y que había continuado con los favoritos ya citados, el duque de Guisa, Saint-Luc y Bussy.

En medio de estos desórdenes, es preciso dar lugar á las rígidas maneras de existencia de los reformados y á la vida austera de aquellos magistrados católicos que se parecían á los romanos del tiempo de Cincinato, trasportados á la corte de Eliogabalo. Duplessis-Mornay era el ejemplo del partido protestante. Su virtud le concedía el derecho de aconsejar á Enrique IV acerca de sus debilidades: en el campo de batalla de Coutras, en el momento en que la acción iba á comenzar, hizo conocer al joven rey de Navarra que había introducido el desorden en una familia honrada por un lazo criminal; que debía á su ejército la reparación pública de este escándalo y á Dios, ante el cual iba tal vez á aparecer, la humilde declaración de su falta. Enrique se confesó con el ministro Chandien y dijo á los señores de su corte que le querían descaminar. «Ninguno puede humillarse lo bastante ante Dios, ni provocar demasiado á los hombres.» Puesto en se-

(2) El testo es mas franco.

guida de rodillas con sus soldados protestantes, oyó la oración pronunciada por el ministro protestante. Joyeuse, que mandaba el ejército católico, al ver á los enemigos arrodillados exclamó: «¡El rey de Navarra tiene miedo!—No lo creais, respondió Lavardin; jamás hacen oración sin haber resuelto vencer ó morir.» Joyeuse perdió la batalla y la vida.

Mornay, como Sully, permaneció fiel á su religión cuando Enrique IV abjuró de ella; ultrajado por un caballero joven, pidió justicia á Enrique IV, quien le respondió: «Señor Duplessis, tengo un gran sentimiento por la injuria que habeis recibido, de la cual participo como rey y como vuestro amigo. Por la primera razon os haré justicia y á mi tambien; si yo no tuviese mas que el segundo título, no encontrarais ninguno cuya espada estuviese mas pronta á desenvainarse, ni que confiara á ella su vida mas alegremente que yo.» Bajo Luis XIII, Mornay había gozado siempre de consideración; pero habiendo caído en la desgracia y viéndose obligado á renunciar á su gobierno de Saumur, quería dejar la Francia: «Se grabará sobre mi tumba, decía en tierra extranjera: Aquí yace el que á la edad de setenta y tres años, despues de haber empleado sin reproche cuarenta y seis al servicio de dos grandes reyes, fue obligado á buscar su sepultura fuera de su patria.»

Los magistrados católicos ofrecían aun costumbres más graves y más santas. Durante muchos siglos no recibieron ni presentes ni visitas, ni cartas, ni mensajes relativamente á los procesos. Les estaba prohibido beber y comer con los litigantes; no se les podía hablar más que en la audiencia; no podían comerciar; ni se presentaban en la corte sino por orden del rey. La justicia fue al principio un cargo gratuito: los consejeros del Parlamento recibían 5 sueldos parisis por día, el primer presidente 1,000 libras por año, los otros tres presidentes 500 libras; á esto se añadía una capa de invierno y otra de verano. Eran precisos treinta años de servicio para obtener, á título de pensión, la continuación de tan módica paga. Cuando estos magistrados no estaban de servicio, no cobraban sueldo y volvían á enseñar el derecho en las escuelas. Bajo Carlos IV el Parlamento estaba tan pobre, que el escribano no pudo estender el proceso verbal de algunas fiestas dadas en París, porque no tenía pergamino, ni su tribunal dinero para comprarlo. Todos los gastos del Parlamento de París hacia el siglo XIV ascendían á la suma de 11,000 libras, moneda de aquel tiempo.

En cuanto á la ciencia, aquellos antiguos magistrados la consideraban como una parte de sus deberes y desde la infancia hasta la vejez su vida no era más que un prolongado estudio. «El año de 1545, dice Enrique de Mesmes, hijo del primer presidente de Mesmes, fui enviado á Tolosa para estudiar las leyes con mi preceptor y mi hermano, bajo la dirección de un viejo caballero cano, que había viajado mucho tiempo por el mundo. A las cuatro de la mañana estábamos en pie y despues de algunas oraciones á Dios, íbamos á las cinco á los estudios, con nuestros gruesos libros debajo del brazo, nuestras escribanías y nuestros candeleros en la mano.»

De Thon encontró á Carlos de Lamoignon en Valencia, en donde Cuyas explicaba á Papiniano; acompañó en Italia á Paul de Foix y á Arnald d'Ossat. De Foix mandaba que le leyeran á la hora de comer en la posada y para descansar leía algunas páginas de Aristóteles y de Ciceron en su idioma original, ó los Sumarios de Cuyas en el Digesto; de Thon era el auditorio y de Chosne, que llegó á ser presidente en Chartres, el lector. El canciller d'Aguesseau cuenta casi lo mismo acerca de la educación que le dió su padre. «Mi padre nos llevaba casi siempre consigo en sus frecuentes viajes; su carroza venía á ser una especie de clase, donde teníamos la dicha de trabajar

bajo la dirección de tan grande maestro. Despues de la oración de los viajeros, por la cual mi madre comenzaba siempre su marcha, explicábamos los autores griegos y latinos. . . .

La regla ordinaria de mi padre y de mi madre era reservar para el ejercicio continuo de su caridad el diezmo de todo lo que recibían. Miraban á los pobres como á sus hijos; de suerte que si tenían 10,000 francos de que disponer, no disponían más que de ocho, dando los otros dos á los pobres, á quienes miraban como su propia sangre por una adopción santa y gloriosa para ellos, que ponía á Jesucristo mismo en el número de sus hijos. Pero las calamidades públicas aumentaban casi siempre la parte de los pobres mucho más allá de esta proporción.»

A la muerte de uno de los antepasados de Thon, el Parlamento no solo declaró que asistiría á las exequias de su presidente, sino que loraría su pérdida tanto tiempo como la justicia reinara en los tribunales, declaración que fue inscrita en los registros. En 1588 las literas y las carrozas comenzaban á estar en uso en la corte; la presidenta de Thon no iba nunca por la ciudad más que á la grupa detrás de un criado para servir de regla y ejemplo á las demás mujeres.

Es de notar, bajo el reinado de los Valois, á Cristian de Lamoignon: hay ciertas familias así como ciertos hombres, que están largo tiempo buscando su genio, y permanecen desconocidas hasta que lo han encontrado. Los Lamoignon, de bravos y oscuros caballeros, vinieron á ser magistrados ilustres; pero parecían retener algo de su destino primitivo: la toga no fue más que su cota de armas; la providencia reservó á Malesherbes un campo de batalla, un combate glorioso y la muerte por la cuchilla. El Cristian de Lamoignon del siglo XVI había estudiado bajo la dirección de Cuyas, como su padre Carlos bajo Alciato; vivió en medio de las guerras civiles. Entre otras aventuras, vino de Bourges á París, disfrazado de mendigo; entró en su casa como Ulises pidiendo limosna y allí fue recibido con lágrimas de alegría por sus hermanos y hermanas. Baviile no era al principio más que á manera de una pequeña hospedería donde apenas había más que dos ó tres aposentos que dar á los extranjeros; en el más grande se ponían cuatro camas. En lo sucesivo Baviile llegó á ser un palacio donde se juntaba la mejor y la más ilustre sociedad: madama de Sevigné encontró allí, en una biblioteca célebre, «al padre Rapin y Bourdaloue, cuyo espíritu era encantador y de una facilidad muy amena.»

Una anécdota dá á conocer la sencillez de costumbres de aquellos antiguos magistrados: «Claudio de Bouillon, dice el presidente Lamoignon en sus Memorias, había sido educado con mi difunto padre. Gustaba mucho de contarnos cómo se les conducía á los dos en un mismo asno, en cestos, uno de un lado y otro de otro y que se ponía un pan del lado de mi padre, porque era más ligero que él, para hacer el contrapeso.»

El primer presidente Le Maitre estipulaba en los arrendamientos de sus tierras: «Que en las vísperas de las cuatro grandes fiestas del año y en tiempo de vendimias estarían obligados á llevarle una carreta cubierta con buena paja dentro, para asentar allí á María Sapi, su mujer, y á su hija Geneveva, como también llevarle un borriquillo y una burra para cabalgadura de su camarero, mientras que él, primer presidente, marcharía delante, en su mula, acompañado de su amanuense que iría á su lado.»

Estos hombres tan sencillos, tan doctos, tan íntegros, que descollaban en medio de las generaciones nuevas como los oráculos de lo pasado, eran además jueces intrépidos: no solamente eran los custodios de las leyes, sino hasta sus soldados, digámoslo así, pues sabían morir por ellas.

Brantome hablando del canciller de l'Hopital dice: «Era otro Caton el Censor, que sabia censurar bien y corregir el mundo corrompido. A lo menos tenia toda la apariencia de tal; pues al ver su gran barba blanca, su cara pálida y sus maneras graves, se hubiera dicho que era un verdadero retrato de San Gerónimo.»

«No era conveniente jugar con aquel gran juez y austero magistrado; si alguna vez se manifestaba dulce era allí donde veia la razon... Su amor á las letras dulcificaba algun tanto su rigorismo en la administracion de justicia. Era grande orador y muy fecundo, gran historiador y sobre todo muy divino poeta latino como se ve por muchas de sus obras.»

L'Hopital, poco querido de la corte y sin favor, se retiró pobre á una pequeña casa de campo cerca de Etampes. Se le acusaba de moderantismo en religion y en politica, cuando la matanza de la San Bartolomé fueron asesinos á buscarle. Sus criados trataron de cerrar las puertas de la casa. «No, no, dijo, si la puerta pequeña no es bastante para que entren, abrid la grande.»

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canciller ocultándola en su casa y él mismo debió su salvacion á las súplicas de la duquesa de Saboya. Tenemos su testamento en latin: Brantome lo tradujo al francés.

«Aquellos, dice l'Hopital, que me habian perseguido, tomaban una capa de religion; cuando ellos mismos no tenian piedad ni religion; pero os puedo asegurar que nada les movia mas que el pensar que mientras yo estuviera en ejercicio, no les seria permitido romper los edictos del rey, ni saquear sus haciendas, ni las de sus súbditos.»

»Por lo demás, hace cerca de cinco años que paso aquí la vida de Laertes.

... y no quiere refrescar la memoria con cosas que he sufrido en este departamento de la corte.»

Los muros de su casa se iban cayendo; costábale trabajo el mantener á sus viejos servidores y una numerosa familia y se consolaba, como Ciceron, con las musas. Pero deseaba ver á los pueblos rettablecidos en su libertad y murió cuando los cadáveres de las victimas del fanatismo no habian sido todavía comida por los gusanos, ó devoradas por los peces y los cuervos.

Despues de la jornada de las barricadas, el duque de Guisa fue con su acompañamiento á visitar al primer presidente Aquiles de Arlay. «Se paseaba en su jardín y se admiró tan poco de su venida, que no se dignó siquiera volver la cabeza, ni interrumpir su paseo comenzado; acabado que fue éste, es decir, así que llegó al extremo de la calle de árboles, se volvió, y al volverse vió al duque de Guisa que se le acercaba; entonces aquel gran magistrado levantando la voz dijo: Es gran lástima que el criado persiga al amo. Por lo demás mi alma es de Dios; mi corazon es de mi rey y mi cuerpo está en manos de los malvados; que hagan de él lo que quieran.» La virtud con su desprecio anonadaba el orgullo de la ambicion.

Mateo Molé, durante las revueltas de la Fronda, respondia á las amenazas: «Seis pies de tierra harán siempre justicia al mas grande hombre del mundo.»

Aquí termina la pintura de las costumbres del siglo XVI, con la de los siglos feudales que componen toda la galeria de los cuadros del antiguo edificio monárquico de la Francia.

Por lo demás la historia, que así dá cuenta del bien como del mal, debe reconocer hoy dia que los Valois no han sido tratados con imparcialidad. Es preciso datar de su reinado el perfeccionamiento de las leyes administrativas, civiles y criminales; cuéntanse cuarenta y seis de ellas bajo el reinado tan corto de Francisco II; ciento cuarenta y ocho durante el de Car-

los IX; y trescientas treinta bajo el de Enrique III; las mas notables fueron obra del canciller de l'Hopital.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I descendiendo hasta Luis XIII; pero no al siglo de Luis XIV: el *pequeño palacio* de las Tullerías, el viejo Louvre, una parte de Fontainebleau y d'Anet, la capilla de los Valois en Saint-Denis, el palacio de Luxembourg, son ó eran por lo tocante al gusto muy superiores á las obras del gran rey.

La raza de los Valois fue una raza letrada, espiritual, protectora de las artes y conocedora de ellas. La Francia le debe sus mas hermosos monumentos. Jamás en país alguno, ni en ninguna época, la aplicacion de la estatuaria á la arquitectura ha llegado á una altura superior que la que tuvo en Francia durante el siglo XVI. Atenas no ofrece nada mas notable que las cariátidas del Louvre. Luis XIV miraba los artistas como unos obreros; Francisco I como amigos. Luis XIV soberano mas verdadero que los Valois, les fue inferior en inteligencia y en valor. Alrededor de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III se perciben todavía los restos independientes de la aristocracia; alrededor de Luis el Grande, los descendientes de los fieros señores de la liga no son ya mas que cortesanos, cambiando el orgullo de su independencia por la vanidad de sus nombres, poniendo su honor á servir, no sacando la espada mas que por la causa de un señor. El mismo Enrique IV tiene algo de menos real y menos noble que los príncipes de quienes recibió la corona; todos parecen oscurecidos por los Guisas, verdaderos reyes de aquellos tiempos.

La verdad religiosa, bajo el reinado de los últimos Valois, luchó cuerpo á cuerpo con la verdad filosófica y la derribó; hubo choque de lo pasado con el porvenir; lo pasado triunfó, porque puso á su cabeza á los Guisas.

ENRIQUE IV.

(Desde 1589 hasta 1610.)

Muerto Enrique III el ejército se dividió. Una parte de los católicos permanecieron adictos á Enrique IV; otra, bajo el mando de Vitry y d'Espéron le abandonó. Enrique IV obligado á levantar el sitio de París, se retiró á Dieppe para recibir socorros que esperaba de Isabel. Estaba entonces en aquel estado de desnudez que el pinta á Sully: «Mis camisas están todas rasgadas, mi jubon agujereado por el codo y hace dos dias que almuerzo y como en casa de unos y en casa de otros.»

Los miembros de su consejo estaban advertidos de que trataba de embarcarse para Inglaterra; Biron se opuso á ello: «Salir de Francia, exclamó cólericamente, solo por veinte y cuatro horas, es desterrarse para siempre!» Mazaray le atribuye un rudo y elocuente discurso.

Entonces ocurrió el combate de Arques y del Arrabal de Dieppe, Enrique IV recibió y dió muchas estocadas. Al darlas decia las palabras que los reyes cristianísimos pronunciaban al tocar los lamparones: «El rey te toca, Dios te sana.» El campo de batalla inspiraba al Bearnés; su valor era su génio. En la terrible toma de Cahors, donde se batió cinco dias enteros en las calles, herido en diversos sitios, conjurado por sus soldados á retirarse. «Mi retirada fuera de esta ciudad, les respondió, sin haberla asegurado á mi partido, será la retirada de mi vida fuera de mi cuerpo.»

En Coutras dijo á los oficiales que se encontraban delante de él en el momento de la carga: «Separaos, no me ofusqueis, quiero que se me vea.» dijo tambien al príncipe de Condé y al conde de Soissons: «¡Vosotros sois de la sangre de Borbon, vive Dios

Yo os haré conocer que soy vuestra linea primogénita.»

Atacado á la vez por el baron de Frinet y por Chateau-Renauld, Frontenac derribó el primero de un golpe de sable y Enrique cogiendo el segundo por el cuerpo le dijo: «¡Ríndote, Filisteo!»

En una viva refriega que tuvo cerca de Ivotot con los duques de Parma y de Mayenne, les mató tres mil hombres. Cubierto todo de sangre, despues del combate; decia á los capitanes que le rodeaban: «Vive Dios! Si yo pierdo el reino de Francia, estoy en posesion del de Ivotot.»

En Yory, teatro del gran hecho de armas de su vida, sus palabras tomaron el carácter elevado de su gloria. Se le hablaba de procurar la retirada: «Ninguna retirada, respondió bruscamente, mas que el campo de batalla.»

Schomberg le pidió el pago de sus tropas: «Jamás hombre de corazon, le dijo Enrique, ha pedido dinero la vispera de una batalla.» Al dia siguiente arrepintiéndose de aquellas duras palabras: «Señor de Schomberg, le dijo, esta jornada será quizá la última de mi vida; yo no quiero cercenar el honor de un valiente; declaro, pues, que os reconozco por hombre de bien, é incapaz de cometer ninguna baja: abrazadme.» — «Señor, respondió Schomberg, Vuestra Magestad me hirió el otro dia, hoy me mata.» Schomberg se hizo matar cerca del rey.

En el momento de ir á la carga el Bearnés, volviéndose hacia los suyos solia decirles: Guardad bien vuestras filas, si perdeis vuestras banderas, cornetas ó guias, este penacho blanco que veis en mi almete os servirá en tanto que yo tenga una gota de sangre; seguidle; le encontrareis siempre en el camino del honor y de la gloria.»

El oficial que llevaba el estandarte real fue herido en un ojo y se retiró de la pelea; las tropas reales comenzaron á huir. Enrique las detiene y les grita: «Volved la cara, sino para combatir, á lo menos para ver como muero.»

Cuando fue pacífico señor de la corona, señaló un dia al mariscal de Estrées uno de los guardias que marchaban á la portezuela de su carroza, diciendo: «Hé aquí el soldado que me hirió en la jornada de Aumale.»

El viejo cardenal de Borbon, á quien se llamaba Carlos X, murió en su prision de Fontenay en Poitou; no apreciaba á los de la liga, de quienes era entonces el pretendido rey y decia: «El rey de Navarra, mi sobrino, hará su fortuna y mientras yo estoy con ellos, es siempre un Borbon el que reconocen.»

Enrique IV, vencedor de todos sus enemigos, se acercó á París y cerró todas sus avenidas. Este sitio es famoso por las últimas locuras de la Santa Union, por una espantosa hambre y por la generosidad del Bearnés. La *Sátira Penippéa* ha descrito la grande procesion, que coloca en la inauguracion de la liga, pero que en realidad es del año 1590. Sus ingeniosos autores solamente han añadido á los frailes y al clero los principales personajes de aquel drama cómico-trágico.

«La procesion fue de este modo: El llamado doctor Rioze, quitando su caperuza rectoral, tomó su traje de maestro de artes con la muceta y el roquete y una gola encima; llevando la barba y la cabeza afeitadas recientemente, la espada al lado y una partesana en la espalda. Los curas Hamilton, Boucher y Lincestres algo mas estravagantemente armados, componian la primer fila, y delante de ellos marchaban tres frailecillos y novicios, con sus hábitos arremangados, llevando cada cual el casco en la cabeza debajo de su capuchon y una rodela colgada al cuello, donde estaban pintadas las armas y divisas de dichos señores. Maese Julian Pelletier, cura de San Jaime, marchaba al lado, unas veces

delante, otras detrás, vestido de violeta, á la manera de gendarme escolástico, con la corona y la barba bien afeitadas, una cota de malla en la espalda, con espada y puñal y una alabarda en el hombro izquierdo, en forma de cabo de fila, que suda, empuja y jadea para conservar la alineacion. Despues seguian de tres en tres cincuenta ó sesenta religiosos, tanto franciscanos como jacobinos, carmelitas, capuchinos, mínimos, fuldenses y otros, todos cubiertos con sus capuchones y hábitos abrochados, armados á la antigua católica, segun el modelo de las epístolas de San Pablo; entre otros habia seis capuchinos con morrion en la cabeza, y encima una pluma de gallo, revestidos de cota de malla, la espada á la cintura sobre los hábitos; uno llevaba una lanza, otro una cruz, un venablo, un arcabuz ó una ballesta, todo mohoso por humildad católica; los otros, casi todos llevaban picas que movian frecuentemente, á falta de mejor pasatiempo, excepto un fuldense cojo, que se hacia lugar con una espada y que llevaba ademas una hacha de armas á la cintura, su breviario colgado hácia atrás; haciendo sobre un pie el molinete delante de las damas. A la cola iban tres mínimos, con igual adorno, á saber, sobre sus hábitos llevaban una coraza con la parte de atrás descubierta, el yelmo en la cabeza, la espada y las pistolas á la cintura y cada uno su arcabuz; detrás venia el prior de los jacobinos arrastrando una alabarda surda y tan ligeramente armado como un militar sin paga; yo no vi allí ni cartujos, ni celestinos que se habian escusado por el trato. Pero todos marchaban en muy buen orden católico, apostólico, romano, y parecian antiguos ballesteros de Francia. Quisieron al pasar hacer una salva; pero lo prohibió el legado, por temor de que le hiciera algun daño ó alguno de los suyos, como el cardenal Cayetan. Despues de estos buenos padres, marchaban los cuatro mendicantes, que se habian multiplicado en muchas órdenes, tanto eclesiásticas como seculares; despues los Diez y Seis de cuatro en cuatro, reducidos al número de los apóstoles, y vestidos lo mismo que se les representa en la procesion del Corpus. Despues de ellos iban los prebostes de los comerciantes, y los regidores, abigarrados de diversos colores; luego el tribunal del parlamento, los guardias italianos, españoles y flamencos de Mr. el lugarteniente; en seguida los cien caballeros recientemente graduados por la Santa Union, y despues de estos algunos veteranos de la cofradia de San Eloy. Seguian Mr. de Lyon muy suavemente y el cardenal Pelleve muy bajamente, Mr. el legado, verdadero espejo de perfecta belleza y delante de él el dean de la Sorbona con la cruz, de donde pendian las bulas del poder. *Item* venia madama de Nemours, representando la reina madre ó abuela (*indubio*) del rey futuro; venia á la cola la señorita de La Rue, hija del noble y discreto La Rue, antes sastre en el puente de San Miguel y despues uno de los gentiles hombres y consejeros de Estado de la Union y la seguia madama la viuda de Montpensier, con su banda verde, muy sucia de uso, y madama la lugarteniente del Estado y corona de Francia, seguida de las señoras de Bliu y de Bussy le Clerc. Finalmente, avanzaba y se dejaba ver Mr. el lugarteniente, y delante de él dos maceros aferrados de armiño, y á sus lados dos flamencos con cotas de arquero negras, sembradas de cruces de Lorena encarnadas.»

Aquellas burlescas miserias ayudaron algun tiempo al pueblo á soportar el hambre, que bien pronto se hizo sentir en todo su horror. Despues de alimentarse de toda clase de animales, gatos, perros y hasta de las pieles de estos; despues de haber devorado los niños, llegaron á triturarse huesos de muertos de que se hizo polvo y no harina! este pan conservaba

su virtud; el que le comía moria. Madama de Montpensier rehusó cambiar por joyas, valor de mas de dos mil escudos, un perrito que reservaba como su último recurso; las calles estaban sembradas de cadáveres, entre los cuales se arrastraban los medio vivos. Prostituciones imponentes, pagadas con algunos alimentos viles á manos descarnadas, tenían lugar en aquellos cementerios sin fosas. La vida del hombre se arrastraba apenas, como las culebras, sobre los cuerpos tendidos.

«Mr. de Nemour, saliendo de su casa para ir á visitar algunos puestos hácia las murallas de la ciudad, encontró un hombre que, con aire desprovisto le dijo: ¿A dónde vais, señor? No paseis adelante: acabo de ver una mujer medio muerta con una serpiente enroscada al cuello y una porcion de bestias envenenadas junto á ella.» (L'ESTOILE).

En tanto Enrique IV dejaba que sus soldados dieran vituallas á los parisienses elevándolas sobre el muro con las picas; mandaba poner en libertad á unos aldeanos que habian descargado carretadas de pan en un subterráneo (para introducirlo en París) y hasta les daba algun dinero, diciéndoles: «Id en paz; el Bearnés es pobre; os daría mas, si lo tuviera.» El Bearnés, en efecto, no hacia mas que esperar el resultado de negociaciones y al duque de Parma; distraerse de sus inquietudes con la abadesa de Montmartre; dar principio á una nueva pasion con Gabriela d'Estrées y disfrazarse de aldeano, corriendo mil riesgos para ir á verla á Cœuvres.

El duque de Parma le obligó, por último, á levantar el sitio. Sixto V murió cansado de la liga. Gregorio XIV sucesor de aquel pontífice, publicó cartas monitoriales contra Enrique. El caballero de Aumale fue muerto en Saint-Denis, cuyo punto habia querido sorprender. Lanoue corrió igual suerte delante del castillo de Lamballe combatiendo por el rey: «Buen guerrero, decía Enrique y sobre todo muy hombre de bien.» El duque de Merceur hacia la guerra en Bretaña por su propia cuenta, y mantenía relaciones con Felipe II. El joven duque de Guisa, hijo del Acuchillado se fugó de la prision y los Diez y Seis concibieron el proyecto de casarlo con una infanta de España y darle la corona. Los señores Brisson, Larcher y Tardif fueron ahorcados por los de la liga. El duque de Mayenne volvió á París, é hizo colgar á cuatro de los Diez y Seis. Allí concluyó la autoridad de aquel comité de seguridad de la liga; no le habia faltado audacia y genio; pero la multitud de potestades superiores á la suya le impidieron obrar. Los miembros del comité, en lugar de ejecutar sus proyectos públicamente, como un poder reconocido, se vieron obligados á obrar en secreto como conspiradores, lo cual les hizo menguar su autoridad. No tendian á la libertad; aspiraban á un cambio de dinastía; despues del suplicio de sus compañeros no fueron nada: la horca los deshonró.

El duque de Parma volvió á entrar en Francia para hacer levantar el sitio de Rouen, y lo consiguió. El viejo mariscal de Biron fue muerto en la batalla d'Espérenay. El duque de Parma murió en los Países-Bajos: gran capitán que fijó el arte moderno de la guerra. El duque de Espérenay, conociendo que los negocios del Bearnés mejoraban, volvió á la corte ó mas bien al campo; porque entonces el Louvre era una tienda de campaña (1590, 1591, 1592).

Los Estados de la liga, fueron convocados en París y arruinados por el ridículo y por las pretensiones de diversos candidatos á la corona. Los españoles pidieron la abolición de la ley sálica, á fin de que recayera el cetro en su infanta. El Parlamento dió un decreto en favor de aquella ley y triunfó de los Estados. El duque de Mayenne, descontento de los españoles abrió conferencias en Surena con los católicos. Enrique abjuró en la iglesia de Saint-Denis, el 25 de

julio de 1593 y se hizo despues consagrar en Chartres; se remendó su jubon por una suma de algunos maravedises, cuyo recibo existe aun: no estaban mal aquellos remiendos bajo el manto real enteramente nuevo del Bearnés.

Enrique IV se encontró desde su nacimiento y por las cualidades de su vida, á la cabeza de la reforma y de las ideas nuevas; pero la reforma estaba en minoría contra el antiguo culto y las ideas viejas. Los franceses católicos rechazaban un rey protestante, á pesar de su título hereditario; tenían derecho para ello, como le tuvieron los ingleses para rechazar un rey católico. La liga, culpable hácia el último de los Valois, era inocente hácia el primero de los Borbones á menos de sostener que las naciones no son aptas para mantener el culto que han elegido y las instituciones que les convienen. El peligro era inminente; los Estados estaban ilegalmente convocados sin duda, pero eran formidables, porque todo cuerpo político en un momento de crisis tiene una fuerza prodigiosa. La España apoyada en la corte de Roma y en las preocupaciones populares, estaba pronta, aliándose al príncipe de Lorena á disponer del trono. El heredero legítimo no se podia defender mas que con soldados extranjeros, triste recurso para un rey nacional; los protestantes que le apoyaban eran un pequeño número y mas bien inclinados á la aristocracia que á la monarquía; los católicos adptos á su persona no le seguian sino porque habia prometido instruirse en la religion. No le quedaba á Enrique mas que un partido que tomar, el de abjurar; este fue un asunto entre él y su conciencia; si vió la verdad del lado donde vió la corona, tuvo razon en cambiar de altar. Sin embargo, es sensible que por lo tocante á su abjuración escribiese á Gabriela: «El domingo es cuando daré el asalto peligroso.»

Una vez unido al clero y á las grandes masas populares, no tuvo mas que comparar uno por uno los gobernadores de las diversas ciudades. Los hidalgos se habian apoderado de las fortalezas y de las ciudades; del mismo modo que al principio de la raza capetiana; se hubieran visto renacer señores feudales si las costumbres hubiesen sido las mismas y si el tiempo del feudalismo no hubiera ya pasado. Enrique IV tomó muchos castillos, como Luis el Gordo y compró los restantes. El espíritu aristocrático espiraba. París abría sus puertas á Borbon el 22 de marzo de 1594. El poder absoluto que comenzaba, suprimió todos los escritos de aquella época y prohibió bajo pena de la vida su impresion y venta. Francisco I habia sentido el primer instinto contra la libertad de la prensa. Enrique IV concibió la primera razon.

En 1594 Juan Chatel hirió á Enrique IV de una cuchillada en un labio, y los Jesuitas fueron desterrados de Francia. En 1595 ocurrió el encuentro de Fontaine-Francaise, uno de los mas furiosos que ha habido en ningun tiempo. Enrique combatió con la cabeza desnuda y con todo el entusiasmo de un joven soldado. Despues del combate escribió á su hermana: Has estado casi á punto de heredarme.»

El rey fue absuelto por el papa. El duque de Mayenne se sometió (1596). Cuando Enrique entró en París, la sola venganza que tomó contra madama de Montpensier fue jugar con ella á los naipes; la sola venganza que ejerció con su hermana el duque de Mayenne, obeso y torpe, fue hacerle pasar á prisa por un jardín.

Se promulgó el edicto de Nantes, se firmó el tratado de Vervins (1598). Se verificó el casamiento de Enrique con María de Médicis, el primer año del siglo XVII. ¿Cómo no se habrian cansado todavía de los Médicis?

Ocurrió la conspiración del mariscal de Biron y la muerte de Isabel, reina de Inglaterra. El primer Estuardo, Jaime I, ascendió al trono de la Gran Bre-

saña en la época en que el primer Borbon ponía en sus sienes la corona de Francia. De esa fecha datan el establecimiento de las manufacturas de seda, tapicería, loza y vidriería y la colonización del Canadá. No se creía tratar mas que de asuntos del comercio y se trataba de la política; la propiedad industrial vive de la libertad y con el acrecentamiento del bienestar se aumentan las luces. Enrique IV que provocaba por todos los medios las pasiones, que no fue escuchado ni de madama de Guercyville, ni de Catalina de Rohan, ni de la duquesa de Mantone, ni de Margarita de Montmorency, vió al príncipe de Condé, marido de la última, retirarse con ella á Bruselas. ¿Este príncipe de Condé era hijo de Enrique IV, por Carlota de Tremoille, acusada de haber envenenado á su marido para ocultar su embarazo? Se pretende que Margarita de Montmorency, apremiada por Enri-

que IV le decía: «Malvado, queréis seducir (1) la esposa de vuestro hijo, pues que sabéis bien que lo era segun me lo habeis dicho.» (Memorias para servir á la Historia de Francia.)

Enrique IV, ó con el designio de perseguir el objeto de su nueva pasion, ó por realizar un proyecto de república cristiana, iba á llevar la guerra á los Países-Bajos, con el pretexto de la sucesion de Cleves y de Juliers, cuando fue detenido por uno de aquellos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes (14 de mayo de 1610). Estos hombres surgen súbitamente y se abisman al punto en los suplicios; nada les precede, nada les sigue; aislados de todo, no están pendientes en el mundo mas que de su puñal; tienen la misma existencia y las propiedades, si así puede decirse de una cuchilla; pues no se les ve sino un momento á la luz del golpe con que



MUERTE DE COLIGNI.

hicieren. Ravaiillac estaba bien cerca de Jacobo Clemente; es un hecho único en la historia, que el último rey de una raza y el primero de otra hayan sido asesinados de la misma manera, por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su corte, en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á los dos asesinos; pero uno inmoló un príncipe católico, el otro un príncipe que se creía protestante. Clemente fue el instrumento de una ambición personal. Ravaiillac, como Louvel, el ciego mandatario de una opinion.

Se ha hecho notar muchas veces que la segunda aristocracia vino á concluir en Arques, Ivry y Fontaine-Francaise, como la primera en Crecy, Poitiers y Azincourt. Desapareció de hecho y de derecho, porque Enrique IV publicó un edicto, en virtud del cual la profesion militar no ennoblecía. Todo hombre

bre de armas, bajo Luis XII, era hidalgo, así como todos los paisanos que habian adquirido un feudo y lo poseian militarmente. El artículo 258 de la ordenanza de Blois de 1570 habia destruido la nobleza que resultaba de un feudo. Luis XV, en 1750, restableció la nobleza adquirida á precio de sangre; pero el golpe estaba dado. Enrique IV, este soldado, habia querido que las armas permaneciesen en el estado llano: el ejército hecho plebeyo, dejó á la gloria el cuidado de ennoblecerle.

Se tiene una idea falsa de la manera con que los Borbones llegaron al trono. Por una parte no se ha visto mas que la matanza de la San Bartolomé, los furiosos de la Liga, las intrigas de Catalina de Médicis, los desórdenes de Enrique III y la ambición de

(1) No está conforme á la lisura de texto.